

ella batalla sordamente. Esa es su vida, eso es lo que ha hecho. ¡Perdonadla! yo no puedo ser su juez: la amo.

¿Me corresponde? ¿llegará á amarme? Esta es al presente la única cuestión que me queda por resolver.

XXIX

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 25 MONTERREY, MEXICO

Ha llegado Setiembre, y la mayor parte de los bañistas se han marchado. En Luchón quedan solamente los enfermos recalcitrantes, los viajeros que se aprovechan de la rebaja de precios en esta época del año, y algunos apasionados de la montaña que no tienen bastante valor para abandonarla.

Siendo la Condesa una de estas apasionadas, no piensa en marcharse, y dicho se está que yo lo pienso menos que ella. Mi vida se pasa á su lado al aire libre sobre

altas cúspides, siempre rodeados de guías á pié y á caballo, que hacen imposible el que nos quedemos solos. Todos los días se realiza alguna ascensión á los elevados picos de Superbagnères, Antenac, Monségu Gours-Blancs, Cecire, Venasque, Entecaue, Monts-Maudits, Néthou y Maladetta.

Nada hay que canse ó asuste á la Condesa. Yo trato de seguirla y mirar al abismo con la misma tranquilidad que ella lo hace.

El Conde está muy pocas veces con nosotros, porque únicamente nos acompaña hasta la mitad ó tercera parte del camino, parándose cuando la ascensión es un poco difícil ó peligrosa. Ya hace algún tiempo que ha tomado la costumbre de abstenerse, y se queda en el camino.

Me puede confiar su mujer sin ningún inconveniente, puesto que yo nunca la digo una palabra de amor. ¿Y para que hablarla de esto? ¿No lo ve ella? ¿No lo siente? ¿Puede dudar?

¿Y yo dudo todavía del suyo? No; no puedo dudar de la simpatía que le inspiro, de su afecto, de una especie de tierna amistad que siente por mí. Pero mucho me temo que mis desgraciados antecedentes no la preserven del deseo que, á pesar de todo lo que se quiera pensar, es una de las partes más principales del amor.

¿Y por qué he de dejarla persistir por más tiempo en un error que es injurioso para mí? ¿por qué no he de tratar de que se me conozca mejor? ¿por qué no tener valor estando en la situación á que hemos llegado?

Es que la amo; no tengo otra razón. Temo disgustarla, ofenderla y perderla. El pasado me condena á mí también al respeto: si ella dijese para sí: « ¡ Me trata con ligereza acordándose de otra época! » ¡ No, no! yo no quiero que imagine semejante cosa; prefiero esperar, prefiero sufrir. ¡ No quiero cogerla, quiero que ella se entregue.

¿Pero pensará jamás en entregarse, si me juzga lo mismo que su marido?

Quizás sí, desde ayer.

Deseosos de conocer el lago Gregonio, que es la mayor porción de agua de los Pirineos, bajábamos las escarpadas pendientes graníticas del Pico del Milieu, situado entre el Maladetta y el Néthou. Cinco guías nos precedían y tres iban detrás. No habíamos querido aceptar su brazo y nos dejaban marchar á nuestro antojo sin cuidarse mucho de nosotros, porque ya nos conocían y sabían que teníamos pié seguro y cabeza firme.

Yo iba delante de la Condesa abriendo camino, indicándole la roca que era necesario evitar y diciéndolé el punto en que debía apoyar su bastón; manifestaba y tenía mucho más cuidado que de ordinario, puesto que el sitio en que nos encontrábamos estaba muy próximo á un abismo profundo y terrible.

De repente escuché un grito á mi espalda que me hizo volverme precipitadamente. La Condesa era quien le había lanzado. Ha-

bía apoyado el bastón en una hendidura de la roca y faltándole el punto de apoyo, después de dado el impulso, en lugar de andar, perdió el equilibrio y empezó á bajar con vertiginosa rapidez.

Dentro de algunos segundos rodará al abismo si no la contiene algún obstáculo. Los guías han oído aquel grito y comprenden el peligro; los que nos precedían se vuelven apresuradamente, aunque será muy tarde cuando lleguen: los que iban detrás no se atreven á socorrerla, porque rodarían sobre ella, precipitándose todos al fondo.

Sólo yo puedo salvarla arriesgando mi vida.

Me coloco en el punto preciso por donde debía pasar impulsada por su precipitada carrera al extremo del camino, entre ella y el abismo.

Separé mis piés, apoyádoles con toda mi fuerza en el suelo. Doblé un poco las rodillas para tener más elasticidad, y en

cierto modo me recojo sobre mí mismo, cruzando los brazos y adelantando el busto. Espero. Si el choque que iba á recibir me hace vacilar, caemos los dos y la muerte es segura. Si por el contrario resisto, está salvada, gracias al viviente obstáculo que le habré puesto por delante. Es cuestión de fuerza muscular y nerviosa y también de voluntad. La Condesa sigue bajando á pesar de los esfuerzos que hace para detenerse, agarrarse ó echarse á tierra.

Se acerca, abarcando con sus brazos el vacío y el cuerpo y la cabeza algo inclinados.

Ya está aquí.

No he vacilado, he soportado impasible el choque, y he impedido la caída.

Pálida y temblorosa está delante de mí parada, y cuando puede hablar oigo que murmura : « ¡ Os debo la vida ! ¡ Gracias ! ¡ Gracias ! »

No respondo. Ha pasado el peligro, y yo estoy tan pálido como ella ; mi corazón

late violentamente, y mi cuerpo tiembla.

Pasan algunos segundos, y añade :

— Me creí perdida... Os veía perfectamente entre el abismo y yo, pero no os creí con bastante fuerza para contenerme.

Estas palabras me mortifican, me hieren. Me parece que tienen algo de ironía, que hacen alusión al pasado, y encierran un reproche. La situación en que nos hallábamos y la victoria que acabo de alcanzar, me infunden valor para decirla cara á cara :

— ¿Porqué dudáis de mis fuerzas?

Al ver que se callaba y bajaba la vista, no temo ya el pronunciar con marcado acento estas palabras :

— Dudábais de mí, porque en otra circunstancia que no me atrevo á recordar todavía, la admiración, el asombro, vuestra resistencia y vuestra frialdad me dejaron yerto. Sabed que un caso no es una costumbre y que no tenéis razón suponiendo que todos los hombres se parecen.

Ella se estremeció, y de pálida que esta-

ba se puso encendida. Los guías llegaron en aquel momento, y emprendimos de nuevo nuestra marcha.

A poco llegamos al lago Gregonio, cubierto de nieves, para bajar en seguida al valle de Esséra.

Ni una palabra pronunciamos en todo nuestro largo camino.

XXX.

El tiempo está frío. La nieve cae durante una noche entera en la montaña, cubriendo la pradera, los matorrales, las rocas y las selvas de abetos que ya parecían inmensos montes de nieve. Las últimas nieves se confundían con las nieves eternas.

Había pasado la época de las ascensiones y sonado la hora de abandonar á Luchón. El conde de X... se ha marchado precipitadamente á Tolosa, llamado por negocios urgentes para venir dentro de dos días á

buscar á su mujer. Con él había marchado la mayor parte de su servidumbre para arreglar el castillo y ponerle en estado de recibir á sus dueños.

Después del medio día he visto hoy á la Condesa y me ha parecido que estaba preocupada como una mujer que está á punto de tomar una resolución grave en la cual duda. Recordando que se iba á marchar muy pronto, le dije lleno de tristeza: « ¡Cuando pienso que dentro de muy poco no os volveré á ver! » ha levantado bruscamente la cabeza, y con voz segura me ha contestado esta vez:

— Hablaremos de eso esta noche, venid á verme después de comer.

Llegué á las nueve lleno de emoción.

Me parecía que iba á decidirse mi suerte, y no me engañaba. Se ha decidido, y desde este día le pertenezco en cuerpo y alma, lo mismo que ella me pertenece á mí.

La doncella de la señora X... me hizo entrar en el salón suplicándome esperar un

momento la llegada de su ama y se retiró.

Esperé.

En la casa reina tal silencio, que podía suponerse que estaba deshabitada.

Transcurren algunos minutos. Me pareció percibir el roce de un vestido en el cuarto inmediato, y di dos ó tres pasos hacia la puerta para recibir á la Condesa, que debía ser la que venía.

El ruido cesó, y me permití mirar por la puerta que estaba entreabierta.

Una mujer inmóvil, de pié delante de la chimenea, apoyado el brazo derecho sobre el marmol, y extendida la mano izquierda, caída á lo largo del cuerpo, y la cabeza un poco levantada, é inclinado el busto hacia atrás, fué lo que vieron mis deslumbrados ojos.

No es ilusión mía, no: yo había visto ya á aquella mujer en la misma postura y con el mismo traje. Envuelta por completo en un abrigo negro de satén, cubierta la cabeza, y el cabello por un capuchón, velada por

ricos encajes su frente, sus ojos y sus mejillas. Solamente puede verse la extremidad de la nariz y su boca... su boca, admirable por su forma y color.

¡Es ella! Es la mujer de entonces y la mujer de hoy.

No ha querido que me quedase ninguna duda. Su aspecto y su traje me dicen: « Sí, soy la que tú supones. Si crees poder amarme todavía, ámame y olvidemos el pasado. Nunca hemos hablado de él, ni jamás hablaremos; pero no quiero engañarte, no quiero que entre nosotros exista ni mentira ni hipocresía. »

Me acerqué y apoyé el codo sobre la chimenea, y me quedé contemplándola inmóvil, silencioso y estático.

Sus labios no tenían ya aquella expresión altiva y desdeñosa que me desesperaba. Ya no dudaba. Húmedos, entreabiertos los labios, en lugar de rechazarme, parecía que me llamaban, y su sonrisa, más que voluptuosidad, expresaba la amorosa ternura.

Pasó un minuto... Me acerqué á ella, la cogí las manos, y la estreché contra mi corazón. Y por fin entonces sin rechazarme, sin defenderse, vencida por el amor, aceptó el ardiente beso con que sellé sus labios y me lo devolvió.

